

Admite el autor de *Servidumbre humana* su fervor hacia las novelas de los *hard-boiled writers*, cuya vigencia suele establecerse a partir de *El halcón maltés*, de Dashiell Hammet³ y su predilección por Raymond Chandler⁴.

El cuarto ensayo, contenido en *Burla burlando*, es el más débil del conjunto y se centra en torno del escritor irlandés Edmund Burke. En "Reflexiones acerca de un libro", Somerset Maugham acumula observaciones marginales a la *Crítica del juicio*, de Kant, y aprovecha de disertar acerca de un cuadro de Degas, "L'absinthe".

"Algunos novelistas que he conocido" nos proporcionan una imagen inhabitual de Henry James, que aparece pusilánime y vulgar⁵. Herbert George Wells (fallecido en 1946) es ubicado entre dos épocas, lo que permite a Somerset Maugham afirmar que el autor de *A Modern Utopia* logró ver superadas sus profecías y muy menguados los probables alcances metafísicos de algunos de sus textos, convictos hoy de una estragada temporalidad.

El libro *Burla burlando*, de Somerset Maugham, nos revela a un impensado y fino analista, a un juicioso testigo del mundo contemporáneo, que escapa indemne al rigor de los años, sin acudir al módico sistema de la diatriba, ni al lenguaje sibilino de los memorialistas que pretenden que el lector sienta algo muy parecido al aburrimiento.

ALFONSO CALDERÓN

CARLOS VILLAGRA MARSAL. MANCUELLO Y LA PERDIZ, novela. Ed. Emasa, Colección Cultura Paraguaya, 1965.

Carlos Villagra es un joven escritor paraguayo no conocido aún en nuestros medios. En algunas revistas de su país ha publicado poemas y un extraordinario cuento, *Arribeño del Norte*, en que quedan de manifiesto sus dotes de narrador y su conocimiento de los temas que trata, cualidades ambas confirmadas por *Mancuello y la Perdiz*, novela corta que ganó el Primer Premio del concurso organizado por el diario *La Tribuna* y que inicia la colección "Cultura Paraguaya".

Un niño, el pequeño patrón, observa a un hombre que trabaja cosiendo unas riendas. El escenario es una hacienda de las regiones norteañas del Paraguay. *Frente a él, a menos de medio kilómetro, la extensa*

³Erle Stanley Gardner pretende que el iniciador de la novela de 'duros' es John Daly.

⁴Nos parece extraño que Somerset Maugham, al hablar de Chandler, olvide a su compatriota J. Hadley Chase, autor de *No Orchids for Miss Blandish*, creador de la figura de *Santuario*, de William Faulkner. Un lúcido comentario sobre J. Hadley Chase se puede ver en el artículo de George Orwell, "Raffles y Miss Blandish", *SUR*, N° 159, enero de 1948, pp. 7-24.

⁵En su *A Writer's Notebook*, Somerset Maugham ha señalado que James no vivía y que sólo observaba la vida por la ventana, o se contentaba con lo que le decían sus amigos acerca de lo que ellos veían.

ceja oscura de la selva definía el Norte. El niño es hijo del dueño de la estancia y el hombre, un peón, un trabajador de tránsito que conoce sus labores y las desempeña meticulosamente. La escena se impregna de la atmósfera cargada de amenaza de una tormenta incipiente que vendrá por fin a terminar con una "seca" que dura ya mucho tiempo: *No había un soplo de viento; no se escuchaba un solo batir de alas, ni la caída de una mínima hoja, ni el ruido de pasos en el incierto interior de la casa; del monte lejano y la libre llanura no llegaba el más tenue sonido animal o cristiano.* Se inicia entre ambos, niño y peón, el diálogo, primero acerca de la lluvia y luego acerca de los silbidos de algún ave lejana. El hombre pregunta al muchacho qué silbido es ése. Es de una perdiz. ¿Qué tipo de perdiz? La "perdiz cogo-é". Muy bien, el hombre está satisfecho con las respuestas del muchacho. Sigue preguntando: *¿Qué quiere decir el silbido de esa ave?* El patroncito contesta: *A-quiésta-mos-dos (Mo-coico-roi-mé, en guaraní),* pero ha errado, ha contestado, aclara el peón, lo que dice la perdiz tataupá y no la cogo-é. En seguida el hombre guarda silencio, mientras prosigue afanosamente su labor, hasta que finalmente va anocheciendo y: *...ya no puedo costurar bien con la poca luz, de manera que si gusta, le voy a contar qué quiere decir la perdiz cogo-é con esos sus silbidos y de dónde arranca su pavor.*

Éste es el primer capítulo de la *nouvelle* de Carlos Villagra. Representa una especie de prólogo en el cual se dan la atmósfera del lugar y los rasgos principales de este personaje, el peón, que desde el capítulo II se transforma en el narrador (primera persona) de la historia hasta el último capítulo, especie de epílogo en que nuevamente dialoga con el niño. Un estímulo (el canto de la cogo-é), alguien dispuesto a escuchar, y alguien dispuesto a contar (alguien que sabe, que conoce a fondo las cosas, vaqueano de su mundo) y comienza la historia.

Se inicia el relato con la descripción de un siniestro personaje *Pantaleón de nombre, Mancuello de apellido,* que encarna todo lo malo que puede resumir el ser humano, la crueldad, la prepotencia, la injusticia... *Hombre más malo y de laya más fea que éste no se ha de topár igual en el mundo: un zafado imposible, malevo sin segundo y mañero como novillo erado, ése era Mancuello.* Prosigue con un recuento de las fechorías de este "hijo del diablo" al que ninguna monstruosidad es ajena, que odia a niños, mujeres y viejos, que a todos humilla y daña y a quien nadie hay capaz de hacer frente: *Era enorme el temor a Mancuello, patroncito... Nadie pudo nunca con él. Hasta el Comisario, el Juez de Paz y el Intendente le respetaban formal, y con razón, chamigo.*

Pero a los vicios y al mal han de oponerse la virtud y el bien. Una leyenda, nacida del folklore, como es la que Villagra ha novelado, requiere la presencia de una fuerza capaz de destruir aquello que perturba y amenaza la paz de las gentes sencillas. Esta fuerza surge durante la fiesta que Doña Candé realiza para celebrar la milagrosa salvación de una hija enferma. Todos los vecinos de la localidad comen, beben, bai-

lan y se divierten. Desde el sur, mientras se desarrolla la fiesta, llega un jinete afuerino ("arribeño") que respetuosamente y con buenas maneras pide ser incorporado a la diversión. Se llama José; es alto, moreno y tiene una extraña cualidad que nadie puede precisar bien, pero que, se concluye, reside en sus ojos grises como el acero limpio de una hoja templada: ojos del color del cielo de un secano, o mejor —se imaginó alguna— del de un aguacero infinito... Tipo jovial, amable, simpático, José se convierte en el rey de la fiesta; baila, canta y toca música: *Pero era formidable este arriero, che patrón-il: se chanceaba con las viejas o las mujeres de edad mediana y les halagaba, hasta que se encantaban con él; entendía a las muchachas; hablaba reposadamente con los hombres, dándoles su lugar; sabía encaudillar a los jóvenes.* Después de las dos de la mañana, cuando nadie aún ha querido irse, llega Mancuello y comienza a cometer sus acostumbradas arbitrariedades. Cuando las va a emprender con el Niño Jesús se produce el encuentro: *vuelteándose, vio a un hombre alto que se dirigía hacia él. Era José, que parecía venir del lugar adonde dejara su montado, mirando el piso y con las manos a la espalda, como si sólo estuviera dando un reflexivo paseo.* Pelean, a cuchillo Mancuello y a látigo José, y aquél es finalmente derrotado; huyendo, *Mancuello se zambulló de cabeza en el caraguatal que ceñía al monte como una corona de espinas.* Nunca más se sabe de él. Hombres y mujeres de la localidad agradecen a José y desean que se quede. Pero él debe irse, afirma que su camino es largo, que es muy necesario que salga cuanto antes, y parte: *Desató el cabestro de su zaino y cuando la gente llegó en tropel a la parte iluminada, ya se alejaba rápidamente. Pero entonces (ya no estaba tan oscuro) todos vieron que José, poco a poco, galopeaba en el aire.* La gente "comprende" que se trata de un milagro y que el José que galopa hacia una estrella, no es otro que el Arcángel Gabriel, *mandado por Dios a la tierra para liberarles, para siempre jamás, de la plaga de Mancuello.*

De Pantaleón Mancuello no volvió a saberse. Pero tiempo después apareció en regiones cercanas una perdiz distinta de las conocidas, con manchas negras en el cuerpo (como las tenía Mancuello) y que habitaba los "garaguatales que dan vuelta a los montes". Era Mancuello, a quien Dios había sacado de su cuerpo de hombre. Esta perdiz silbaba sólo cuando estaba nublado o iba a llover. No se la sentía durante el buen tiempo. El silbido decía *Oi-me-pa-Jo-sé, Es-taa-lli-Jo-sé, preguntándole al cielo y a las nubes* (la noche de la fiesta se esperaba también una lluvia) *si José andaba por allí y volvía para pegarle.*

El capítulo final (especie de epílogo) muestra la partida del peón y la preocupación que apresa al patroncito después de oír la historia. Por la noche no duerme bien, está intranquilo y se levanta varias veces a tomar agua, hasta que luego, sentado en su cama, *se quedó inmóvil, con los ojos muy abiertos y los brazos extendidos, porque creyó recordar que el narrador, el hombre que se marchara esa misma noche bajo la lluvia, también tenía los ojos grises.*

Julio César Troche, dramaturgo paraguayo que prologa la obra afirma que *Mancuello y la Perdiz es antes que corriente novela corta, lo que nuestro más típico y puro folklore califica de 'compuesto'*. Tal género literario implica, en la tradición nacional, una reminiscencia de los antiguos romances de juglaría, transplantados al ámbito popular autóctono a través de la obligada culturación hispánica. Es cierto que la novela está perfectamente estructurada en el plano formal, como transcripción artística de una narración oral. Villagra posee el don de la síntesis; su prosa es equilibrada, no dice de más ni de menos; es sobria a pesar de la exuberancia barroca que parece surgir de la atmósfera de la selva. Pero creemos que la estructura interna de la novela se ve dañada por la excesiva fidelidad a la leyenda. El evidente paralelo trazado entre José, Dios y aun el peón que cuenta la historia al niño quita realismo a la historia, anteponiendo a la fuerza del mal, no una fuerza del bien gestada dentro de lo mejor del hombre, sino simbolizada por los poderes divinos sobrenaturales.

Mancuello y la Perdiz, editada en breve formato, no es, sin embargo, una promesa o un anuncio. Es una realización. En ella se ven las dotes de observación, de conocimiento del mundo y las gentes, el manejo suelto, simple y a la vez culto del lenguaje, la amenidad que nunca debe faltar a un narrador y, en fin, otras cualidades que nos presentan a un nuevo buen escritor americano que de seguro llegará a la gran novela, siguiendo las huellas de su compatriota Augusto Roa Bastos.

POLI DÉLANO

CARLOS LEÓN. SUELDO VITAL. Santiago de Chile, Ed. Zig-Zag, 1964, 192 págs.

Esta obra cierra una trilogía constituida por *Sobrino Unico*¹, *Las Viejas Amistades*² y *Sueldo Vital*³. El primero, fue "un pequeño libro de memorias, hecho de leves recuerdos, de ligeros apuntes⁴; pero más que nada, "un libro de atmósfera en que lo substantivo está en el aire que circula por él, en la brisa apenas insinuada con que lo pretérito acusa su contorno y muestra su contenido". La pequeña obra es una serie de cuadros de la vida provinciana. Aparece la infancia sola del protagonista, resguardada por unas tías, alguna de ellas a la búsqueda de independencia económica en la que fracasa; su falta de éxito determina en ella una curiosa forma de orgullo. Esta tristeza es el *leitmotiv* que

¹Carlos León, *Sobrino Unico*, Ed. Universitaria, Santiago, 1954, 74 pp.

²Carlos León, *Las Viejas Amistades*, Ed. Del Pacífico, S. A., 1956, 94 pp.

³Carlos León, *Sueldo Vital*, Ed. Zig-Zag, 1964, 192 pp.

⁴Fernando Durán, *Sobrino Unico de Carlos León*, domingo 21 de noviembre de 1954.